

Discurso pronunciado por el Presidente de la Academia, Dr. Rafael Silva, en la sesión solemne del día 7 de agosto de 1929.

Señores:

Mi buena fortuna que me otorgó el honrosísimo favor de presidir durante dos años consecutivos esta doctísima asamblea, me concede otro dón envidiable para cerrar con broche de oro, como decimos en nuestros modismos vernáculos, mis labores presidenciales, viniendo en esta ocasión solemne al seno de nuestra asamblea a presentar a dos ilustres sabios de nuestra estirpe intelectual, y a quienes hoy el mundo científico mexicano les ofrece el pan y la sal de esa nuestra hospitalidad, tan espléndida y generosa, tan amplia y efusiva, tan común a todos nuestros medios sociales, que constituye la cualidad distintiva y característica de la familia mexicana.

El sabio profesor y doctor don Francisco Tello, de ilustre abolengo aragonés, viene a nosotros aún nimbado de juventud: nació en 1880, a ofrecernos los ricos y sazonzados presentes adquiridos palmo a palmo en una labor perseverante y tenaz que hace honor al solar aragonés y que todo el mundo médico mexicano, profesores y alumnos, sabrán disfrutar en las doctas conferencias que el sabio hispano sustentará en nuestros centros oficiales de enseñanza.

Cuando Cajal, cuando el doctor don Santiago Ramón y Cajal fué conocido a fines de los noventas, merced a su Tratado de Histología, en nuestra Escuela de Medicina, el mundo médico mexicano vió en el hombre y en su obra algo estupendo y maravilloso, algo así como la resurrección de un muerto o la aparición inesperada de uno de esos cometas de extraña y maravillosa belleza que iluminan y fascinan al mismo tiempo. La mayoría de los médicos mexicanos desconocían, casi por com-

pleto, la labor científica del mundo médico español. La medicina mexicana, durante el período de México independiente, era exclusivamente francesa; hasta los aforismos de Hipócrates se leían en francés, así que la aparición de Cajal la tomamos en su principio como un hecho aislado, sin antecedente y sin consecuente, algo así como uno de esos arbustos que suelen encontrarse aislados en medio de árida planicie.

Afortunadamente, nuestra primera apreciación fué inexacta; tras la gran figura del histólogo español han venido otras y otras más que vosotros, como yo, conocemos y estimamos ampliamente y la última llegada, el último representante entre nosotros en el tiempo, ya que es primerísimo por los merecimientos, es el profesor Tello.

Hijo de la Escuela de Medicina de San Carlos, en Madrid, desde el mismo año de su recepción profesional, en 1902, comienza a trabajar al lado del profesor Cajal en asuntos de histología y anatomía patológica; se hace elegir ayudante del Instituto Nacional de Higiene, que actualmente y con buen derecho, se llama Instituto Cajal, y años después llega a ocupar la cátedra de aquel ilustre maestro por glorioso concurso; por oposición diremos nosotros, recordando el olvidado y por muchos suspirado sistema de selección, al que debió nuestra Escuela de Medicina tantos y tantos ilustres profesores.

No se contenta el profesor Tello en sus ambiciones de ciencia y de saber con la cátedra justamente alcanzada; por concurso, también, conquista el puesto de Director del Instituto Nacional de Higiene, sucediendo, también, en ese puesto, al doctor Cajal.

De su actividad en el Instituto Cajal, son muestras cerca de treinta monografías originales, aparecidas la mayor parte en los "Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas" en las que hay no pocos hechos interesantes. Así, en su trabajo sobre las neuro-fibrillas en los vertebrados inferiores, demostró la variabilidad fisiológica del retículo neurofibrillar, al sorprender la transformación de las neurofibrillas colosales de los reptiles en invención, que él había descubierto, en fibras finísimas en épocas de calor. En sus varios estudios en las terminaciones, confirmó la estructura neurofibrillar de éstas y añadió bastantes datos estructurales. Al ocuparse de la regeneración del sistema nervioso, completó los estudios de Cajal, siguien-

do las fibras hasta su terminación y viendo cómo se constituyen las terminaciones musculares. También en la regeneración de los centros nerviosos, es su contribución importante, pues vió los fenómenos de la regeneración abortiva en el nervio óptico seccionado y descubrió en la retina la desorientación de las fibras que crecen y, lo que es más importante todavía, demostró que las fibras de la substancia blanca de la corteza cerebral, eran capaces de crecer en nervios injertados, experimento que había fracasado hasta entonces, en manos de expertos investigadores. En el terreno de la neurogénesis ha hecho un detenidísimo estudio de la formación de las terminaciones motrices y de los pelos y ha seguido las primeras fases evolutivas de las neuronas, sacando de todos sus trabajos fundamentales pruebas para el neurotropismo. Posteriormente, ha dedicado varios estudios a la formación del simpático, aduciendo pruebas de gran estimación para la teoría de origen mesodérmico, demostrando por primera vez, de manera indudable, la terminación del nervio depresor y su formación y aportando nuevas ideas para la interpretación evolutiva de la cadena del gran simpático.

Es descubridor también de un retículo de las células del lóbulo anterior de la hipófisis y del que muestran las células conjuntivas embrionarias, teniendo también contribuciones importantes sobre la estructura de los distintos órganos nerviosos como el cuerpo geniculado externo, los núcleos bulbares de los teleósteos, etc.

Varias de sus contribuciones han sido traducidas al extranjero. Su discurso sobre el neurotropismo, ha aparecido en Alemania como una de las monografías publicadas por Guillermo Roux en la colección de *Mecánica del Desarrollo* y del mismo modo, han sido publicados, en revistas alemanas, sus trabajos sobre la formación de las terminaciones motrices y sensitivas, sobre las redes de las células conjuntivas, etc.

Es también nuestro huésped en estos momentos otro sabio europeo no menos ilustre y glorioso: el doctor Rivet. La Sociedad de Americanistas de París lo cuenta entre sus miembros fundadores, lo mismo que la Sociedad de Americanistas de Bélgica; el Museo del Trocadero en París, lo tiene por su Director desde 1928; sustenta la clase de Antropología en el Museo de Historia Natural de la misma ciudad, y casi todas

las sociedades científicas de Europa escriben su nombre en sus catálogos para honrarse y honrar a sabio tan distinguido; y, en más de veintidós volúmenes, se encuentran trabajos entre los que podrían citarse *estudios lingüísticos bolivianos, del Ecuador etc., investigaciones antropológicas de Yucatán, de la Baja California, del Ecuador, etc., etc.*, estudiando en todos ellos temas interesantísimos que pregonan y demuestran toda la justificación de los honores máximos que hoy nuestra Academia le otorga, al igual que al señor doctor Tello.

Vuestra presencia, ilustres profesores, no humilla con su gloria al mundo médico mexicano; nos estimula y nos alienta; somos lo que podemos ser, lo que debemos ser en nuestro medio, amantes entusiastas de la ciencia en todas sus manifestaciones; trabajadores infatigables que busquemos la verdad con la belleza, según frase genial de un ilustre sabio francés, que hoy en el destierro, transforma sus dolores y amarguras en amor y en esperanza; que nosotros también, recogiendo solícitos los frutos de vuestro intelecto, iluminemos los horizontes de nuestra patria y a sus destellos surja esa obra constructiva, gloriosa y secular que hizo la grandeza de esos hombres cuyos retratos son el ornamento de este recinto, y a los que os pedimos saludéis con respeto, como nosotros os saludamos con el cálido entusiasmo de nuestra admiración.

México, D. F., agosto 7 de 1929.

Rafael Silva.